

CAPÍTULO UNO

Lo más probable es que fuera la cabina de una nave espacial obsoleta, su forma cilíndrica acabada en punta así lo hacía pensar. Dentro de ella había creado un particular universo: caótico y desordenado, parecido y diferente a tantos otros, pero suyo y de nadie más. Con un sofá pequeño, donde su cuerpo a duras penas encajaba, una lámpara colgante con varios brazos y una pantalla de visionado muy antigua, de las que aún tenían soporte material. Más llamativos eran los libros: de papel con letras impresas. Hasta los comerciantes y viajeros de zonas lejanas y un tanto retrasadas se quedaban extrañados por su forma de vivir. Más que el hecho de que viviese solo era por estar rodeado de antiguallas de tal calibre, en un reducido espacio, rodeado del desierto y de un cielo rara vez esperanzador. Él era centinela y vigilaba los vehículos y mercancías de los que descansaban en el área de servicio. A través de todo el desierto había áreas de este tipo, zonas habilitadas para el descanso, para poder comer y reponer agua y alimentos. No había nadie más aparte de él para tal labor. La policía pasaba, pero como mucho un par de veces al día y solo iba de forma expresa si ocurría algún altercado, que normalmente él mismo comunicaba. Todas las transacciones comerciales se daban por autoservicio a través de máquinas. Cada cierto tiempo, dependiendo del consumo, recibía la visita de algún funcionario estatal que reponía los surtidos y recogía la recaudación. Era un buen negocio para el Gobierno del país al que pertenecía el desierto; fomentaba

que las gentes utilizasen sus corredores e hiciesen negocio en sus tierras. Como las máquinas levitaban sobre la arena del desierto y el desierto era inmenso, no había que construir caminos ni carreteras, solo señalar.

Vigilaba las naves y sus propiedades, por lo que, en cierta manera, también observaba a las gentes que pasaban por la estación. Era habitual que por el desierto existieran bandoleros, unos que robaban al descuido, otros más violentos. La vigilancia solo estaba asegurada por las noches, cuando la gente dormía, por ello se acostaba siempre tarde, casi con el renacimiento matutino del Sol. Solo había un sol, pero el planeta tenía tres lunas, lo cual hacía que por la noche hubiese mucha luz y la oscuridad no triunfara. Una noche espiritual, que animaba y sostenía el mundo iluminado del día, el que acababa de existir tan solo unos instantes antes.

Era época de travesía, había bastante trabajo. A pesar del avance de la tecnología, las costumbres de los habitantes del universo no se perdían del todo, como la de encargarse de sus asuntos, el hacerse un poco más rico, más importante; en definitiva, tener algo por lo que luchar. Por ello la mayoría de los comerciantes y viajeros eran gente orgullosa y, a veces, un tanto complicada en el trato. Chocaban pronto con el carácter del Centinela, pero no era un choque violento, sino más bien un desvío. El Centinela apenas hablaba, por lo que rara vez discutía. Si el otro creía que se había impuesto sobre él, era algo que no le importaba. Otras veces su silencio, y su raro estoicismo le hacían aparentar ser una persona fría, dotada de pocos

sentimientos, incluso muchos viajeros pensaban que se podía tratar de una máquina.

Los días pasaban sin especial relevancia, incluso el tiempo parecía ser una mentira piadosa, sin excesiva importancia. Solo al llegar la noche, el temor de que alguna banda de ladrones entrase en el área, endulzaba el particular reino de quietismo en el que vivía. Pero ¿era así verdaderamente? Lo cierto es que todo aquello que ocurría dentro de su cabina, desde que se levantaba y pasaba las horas hasta la llegada de la noche e incluso cuando dormía, no era en absoluto algo que se debía subestimar. Era un mundo rico, variado, la mayoría de las veces contradictorio, pero perfectamente dirigido hacia un fin. Esa contradicción no la encontramos entre la carne y el espíritu, de hecho, es complicado encontrarla, ha sido la necesidad y una gran variedad de argumentos basados en creencias apriorísticas la que han conseguido esta división. En general, su cuerpo era la base para que se llegase a un estado posterior, donde la mente se abría hacia el mundo pleno, siempre lleno, que nunca deja de derramar sus espumas invisibles, hechas por las manos silentes que guían el mundo, mientras una máscara baila para algún día ser olvidada.

Su entrenamiento se dividía en dos partes: los ejercicios de fuerza y las danzas. Estos se complementaban. La fuerza incluía también los estiramientos y el control de la respiración. La respiración para él era una de los grandes enigmas y adversarios; algo tan diario, tan simple, pero a la par fundamental, suponía una de las máximas preguntas existenciales

que en el universo radiante de luz uno se podía formular. Era la gran ignorada que siempre está presente. Muchas veces la olvidaba durante el entrenamiento, y la recordaba paradójicamente durante el sueño. Los ejercicios de estiramiento tenían mucho de religioso, eran formas que recordaban a las prácticas de este tipo. Sentarse con las piernas cruzadas; sobre los talones, juntar las palmas de las manos, levantarlas separadas señalando al cielo, inclinarse, levantarse, mirar al suelo, mirar a la tierra. Luego llegaban los ejercicios de fuerza, para los cuales tenía varios aparatos, hechos por él mismo. No era especialmente mañoso, por lo que no eran precisamente obras de arte, pero cierto es que el verdadero receptor de su arte debía de ser su cuerpo. El primero era un palo unido a una masa similar al cemento con forma de círculo, tenía dos pares de dos pesos diferentes: diez y dieciséis kilos. Se podía practicar con las dos manos o con una, se podían adoptar diferentes posiciones con las piernas, por lo que la variedad de los ejercicios era muy rica. El segundo era un par de candados muy grandes que recogió en un satélite hacía mucho tiempo, que se utilizaban para cerrar pozos de riego. Permitían meter las manos perfectamente, se podían levantar como una pesa, dejar caer y coger, mantener en vilo. Los ejercicios eran muy similares a los de los palos, pero los candados permitían hacer unos movimientos más parecidos a los de las técnicas de las danzas, ya que se podía abrir las manos; así el trabajo articular era mucho más grande. El tercero era una simple barra de hierro que lanzaba al aire con sus antebrazos para hacer que cayesen sobre ellos, o los hacía rodar sobre sí mismos. Se podían poner sobre

los hombros y hacerlos rodar sobre el cuello y el comienzo de la espalda o aguantarlos con una mano sobre el suelo en posición vertical y con la otra dar golpes suaves, con las muñecas, con los cantos de la mano o con los antebrazos. El último constaba de dos jarrones que no se cogían de sus asas, sino de su parte superior, haciendo que las manos se abrieran, había que levantarlos o aguantarlos mientras se andaba o se mantenía alguna posición costosa. Estaban llenas de arena por lo que los dedos sufrían, pero era una excelente forma de mejorar el agarre. Todos estos ejercicios se debían hacer con una respiración pausada y con el vientre en ligera tensión. En la cabina tenía una sensación de plena libertad, no le agobiaban los horarios, ya que quedaban varias horas hasta que comenzase su jornada laboral, además sabía que sus jefes no le controlaban y comenzar a su hora era más una imposición personal que contractual. No tenía ningún tipo más de responsabilidad que la de comer y limpiarse la ropa. Las dos cosas se las facilitaba la estación, con las máquinas de comida y las máquinas automáticas de limpieza de ropa; las dos entraban en su contrato y las podía utilizar de forma gratuita gracias a un código. Limpiar la casa era el último escollo para la libertad plena. Tenía uno de esos robots antiguos que limpiaban el suelo, pero no lo utilizaba nunca. Como la cabina no era muy grande lo hacía de forma manual, pero lo cierto es que siempre había un panorama bastante desastrado, empezando por los instrumentos de la fuerza, que estaban habitualmente sin su pareja, por aquí y por allá; caos y orden, orden y caos, siempre cerca pero nunca juntos.

Todas estas obligaciones en soledad eran más como recuerdos que de vez en cuando llegaban a la mente y que se podían dejar educadamente a un lado, diciéndoles que ahora no, que esperasen un momento, que podían esperar y mientras tanto contemplar la vastedad del desierto y su escondida belleza. Luego venían las danzas.

Ya conocía muchas antes de su llegada a la estación, pero los dos años en el lugar, le habían dado un saber ya muy considerable sobre ellas. No tenía ninguna enciclopedia, ni ninguna base de datos general, las cogía de ahí y de allá, en los sistemas digitales muchas, pero otras en libros, sí, en esos libros antiguos que se empeñaba en guardar en su cabina. Los había conseguido en algunos de los muchos lugares por los que había pasado; otras se las había enseñado alguien y él había tenido que escribirlas o hacerlas muchas veces para que se guardasen en su memoria. Contando las variantes, conocía ciento cincuenta y nueve, aunque no podría recordarlas todas de manera consecutiva, ya que cada danza podía tener una media de cuarenta y cinco movimientos, lo cual daba siete mil ciento cincuenta y cinco técnicas, muchas similares, pero diferentes en su contexto. Son las limitaciones de los seres conscientes que aún tienen un soporte digital en su físico, pero son limitaciones que poseen una belleza insondable, que puede igualar a la de las galaxias. Tenía unas favoritas, unas treinta que practicaba con más regularidad, si bien intentaba recordarlas todas, aunque fuese practicándolas solo un par de veces al mes. Como por la noche había bastante tiempo sin actividad, prácticamente todo, una vez

que acababan las cenas, practicaba también, si no tenía gente que le observase. Hubiese sido un buen profesor, si las arenas y los cielos a veces claros, otras veces oscuros, hubiesen querido aprender. Entre sus favoritas había una que se hacía dando pasos laterales, moviendo los brazos al frente y a los lados, con movimientos secos y directos, sin patadas. Era una danza asimétrica, a primera vista simple comparada con otras, pero con una gran variedad a la hora de hacer las aplicaciones. En estas puestas en práctica, la belleza y la perfección de las danzas se convertían en algo violento, pero a la par real.

Tener un compañero, era algo que echaba de menos. Había pensado en comprarse un robot de entrenamiento, pero por alguna razón, la idea no le satisfacía del todo. Otra alternativa era los hologramas, pero como era algo un poco más sofisticado, debía ir expresamente a ciertos sitios, cuando disponía de algún día libre y, simplemente, nunca lo hacía.

Hay bastantes clientes, pero la noche parece tranquila y las lunas parecen hacerse confidencias sin llamar la atención de los que están abajo. La mayoría de los que han aparcado en el área tienen culturas similares, viajan en grupos numerosos, en familia, y eso hace que los ladrones sean más reticentes, ya que, en caso de ser descubiertos, podían ser linchados. Lo cierto es que en esta parte del universo reinaba una cierta anarquía, pese a que muchos de los viajeros provenían de lugares de los denominados «civilizados». Había un grupo de viajeros que especialmente le llamaban la atención desde hace ya tiempo por

varios motivos. El primero de ellos era que, al menos desde fuera, daba la sensación de que las que mandaban en el grupo eran las mujeres: para pensar algo así se basaba en que los hombres iban tapados, incluso el rostro, en cambio las mujeres llevaban el pelo largo y era habitual que llevaran colgantes, pendientes y abalorios de diversa clase, así como maquillajes. También notaba que siempre que había una mujer, a esta le acompañaban tres o dos varones adultos, lo cual le daba a entender que eran sus esposos, si bien suponía que podían ser sus hermanos o sus criados. Pero, ¿a quién le hace falta un criado si tiene un marido que hace lo que le mandas? Se fijaba en estas personas; le gustaban porque eran callados, especialmente introspectivos, no recuerda ningún tipo de problemas con ellos, si en alguna ocasión les habían robado o se les había extraviado algo, no mostraron la ira habitual de los que sufren estos avatares del destino. Su última percepción era que rezaban tanto de manera individual como colectiva, pero que, dependiendo de la franja horaria, la forma que adoptaba su cuerpo cambiaba.

La mencionada noche lumínica expandía su reinado sobre el desierto, muchos dormían, pero algunos, por el viaje, o tal vez por alguna inquietud de su alma, se negaban a conciliar el sueño. La sensación térmica era más bien fría, por eso muchos pernoctaban dentro de las naves, mientras que otros se atrevían a dormir en la arena protegidos por alguna manta; era habitual que algunos niños reacios a dormir jugasen en las inmediaciones, coloreando con sus gritos el silencio del desierto. Mientras tanto el Centinela

observaba, paseaba de vez en cuando o se metía en su casa a leer algo. Un sensor le avisaba si alguna nave entraba en el recinto, que estando vallado y que teniendo solo una entrada y una salida, era fácil de controlar durante la noche. El problema se daba en las horas diurnas, cuando entraban varias naves a la vez, o en cortos lapsos. También utilizaba la noche para entrenar su cuerpo, algo poco sofisticado, como ya hemos comentado. Pero su distracción favorita era leer unas historias que guardaba en uno de esos soportes antiguos; historias extrañas que hablaban de cosas que él no llegaba a entender con plenitud, pero que, por alguna razón, le agradaban, siempre y cuando en la noche no se diera ningún incidente. Todo indicaba que hoy se lo podría permitir. Entonces una de las viajeras se le acercó.

Era una mujer joven, llevaba un vestido largo, blanco, con detalles dorados en forma de líneas que estaban decoradas a su vez con detalles geométricos y una especie de sandalias, de color granate con pequeñas formas vegetales por su estructura, y esos mismos detalles vegetales parecían repetirse en las uñas de los pies; sin duda un trabajo artesano. Tal vez era una forma que tenía la gente importante de distinguirse; sus manos, extrañamente grandes, portaban anillos y pulseras de diversos colores, y las uñas, en esta ocasión de la mano, estaban también pintadas, con tanto buen hacer y pericia como las de los pies. Pero lo que más le llamó la atención de la mujer, aparte del hecho de que parecía querer entablar una conversación con él, fueron sus ojos, unos ojos negros y profundos, como un abismo impaciente. Sus contornos

estaban fuertemente maquillados, y su piel era de color ocre. No se trataba de una raza originaria de otra estrella, era sin duda humana. El maquillaje le daba mucha alegría a su aspecto, tal vez uno de esos signos de presunción o de distinción. Impregnado por todo el cuerpo llevaba un fuerte perfume que olía a algo parecido a la arena limpia y primigenia. Al olerlo se sintió un diablo aturdido que expulsado de los cielos se regocija en la belleza pasajera de la creación. Se fijó en sus manos, su canalillo, sus pies, su rostro... En un instante, casi imposible de medir, pensó que, si la pudiera ver desnuda, todo su cuerpo sería una absoluta explosión de realidad majestuosa y que ella se convertiría en esa improbable mezcla de demonio, ángel y ser humano hecha realidad. Entonces ella empezó a hablar:

—¿No tendrá un limón?

—¿Un limón?

—Sí, un limón. Por las noches antes de dormir suelo beber zumo de limón con agua, pero a uno de mis maridos se le olvidó cogerlo. ¡Y se lo repetí hasta en tres ocasiones!

—¿Tiene varios maridos?

—Sí, tengo tres. En mi cultura es algo habitual, bueno lo cierto es que solo las mujeres que llegan al cuarto anillo pueden tener hasta cuatro, pero yo con tres ya tengo bastante.

—Lo lamento, le daría uno gustoso, pero no tengo en mi casa y en las máquinas tampoco, ahí solo venden cosas preparadas y, bueno, la verdad es que los limones son algo bastante extraño en esta parte de la galaxia, además de bastante caros.